

La sociología de la guerra según Simmel

Simmel's sociology of war

David Mateu Alonso

IES Vall de la Safor, Villalonga, Valencia

Introducción: pensar la guerra, vivir en guerra

La guerra, además de ser una vivencia límite en la que está en juego la propia vida, ha sido pensada por la filosofía y las ciencias sociales como expresión de la naturaleza humana. Esta dualidad entre guerra vivida y guerra pensada se torna especialmente trágica en el caso de Georg Simmel, filósofo y sociólogo, que abordó el problema del conflicto y la guerra en su obra magna titulada *Sociología* (1908), y que tuvo que retomar a partir del estallido de la Gran Guerra, la cual vivió como catedrático en Estrasburgo, donde murió en 1918. La compleja figura de Simmel puede servirnos de ejemplo para apreciar cómo se articulan y engarzan ambas perspectivas. Esta misma diferenciación ha sido estudiada por Hans Joas en los casos de la sociología alemana de principios del siglo XX, y ha reivindicado la relevancia de tal estudio por el vínculo interno que puede existir entre presupuestos teóricos y su postura ante la guerra y porque la historia de las ciencias sociales y de la filosofía constituyen el presente de estas disciplinas, de modo que no pueden contemplarse como algo externo, accesorio y accidental (Joas, 2005: 84-85).

Reconocido como sociólogo, psicólogo, filósofo y ensayista, Georg Simmel había trabajado en la Universidad de Berlín como *Privatdozent* entre 1885 y 1900 y luego como profesor extraordinario en la misma universidad, con un gran éxito de asistencia a sus clases (entre sus alumnos destacan Lukács, Bloch y Mannheim). En 1908 Max Weber le invitó a unirse a él en Heidelberg, pero finalmente no se pudo lograr que Simmel ocupara la cátedra de filosofía, ya que fue acusado de “israelita” y de poner en cuestión la autoridad social de la iglesia ante la autoridad educativa (Frisby, 2002: 18-19). Ese mismo año se había publicado su obra más importante en el campo de la sociología, *Sociología*. Estudios sobre las formas de socialización, y que recogía los trabajos de Simmel sobre la naturaleza de la sociedad. El capítulo dedicado al conflicto o lucha (*Der Streit*) reunía al menos textos y argumentos aparecidos en tres artículos previos.¹ Simmel no abordaría de nuevo el tema de la guerra como fenómeno social hasta el estallido de la Gran Guerra, cuando ya en Estrasburgo redactó un conjunto de discursos y artículos, en los que el tema es abordado como algo vivido incluso con entusiasmo para disgusto de algunos de sus antiguos alumnos como Bloch y Lukács (Frisby, 2002: 20). No fue el único: otros sociólogos como Weber, Sombart, Tönnies o Durkheim también tomaron partido.²

¹ “Sociología de la competencia” (*Soziologie der Konkurrenz*) en 1903 (traducido al inglés en 1904 en la *American Journal of Sociology*), “El fin del conflicto” (*Das Ende des Streits*) en 1905 y “El ser humano como enemigo” (*Der Mensch als Feind*) en 1907.

² El caso francés es especialmente significativo. Varios discípulos de la incipiente escuela sociológica y etnológica de Durkheim y Mauss fallecieron en el frente. Aunque no se pueda elevar la anécdota a categoría, Durkheim y Mauss, familiares, eran alsacianos (como denotan sus apellidos germanos), territorio reclamado por Alemania, y de origen judío como Simmel, quien tuvo que acogerse a la cátedra de Estrasburgo por el antisemitismo académico alemán.

El conflicto como forma de sociabilidad

La sociología de Simmel ha sido definida como impresionismo sociológico (según David Frisby) por su atención y sensibilidad a captar en los detalles fugaces y efímeros la esencia misma de la vida moderna. Los análisis sobre las maneras de mesa, puente y puerta, o la moda femenina reflejan su teoría sobre la modernidad tanto como sus ensayos sobre la gran ciudad o el individualismo. En el caso de los textos dedicados al conflicto y la guerra, la tensión política entre liberalismo y socialismo inherente al propio Simmel aflora en la discusión sociológica y filosófica para desarrollar lo que se podría denominar una teoría del conflicto como forma de socialización. Desde el punto de vista de la sociología del conflicto de Simmel, toda acción recíproca entre individuos supone un acto de socialización, esto es, de creación de comunidad de intereses, de una unidad social, aunque sea a costa de la negación de una de las partes en pugna. En cualquier caso, la tesis básica de esta sociología del conflicto es que lo opuesto a la unidad no es la lucha, sino la indiferencia. La simpatía y la antipatía serían dos formas complementarias de la sociabilidad humana.

En este mismo sentido, Simmel advierte que las sociedades modernas están atravesadas por factores de cohesión y de disociación, de modo que se produce una tensión constante entre ellos, generándose problemas de inestabilidad social, una inestabilidad que demanda una respuesta y que se expresa en el conflicto. Aquello que nos une es precisamente la distancia que nos separa, viene a indicar Simmel. Sin embargo, no podemos obviar que su teoría del conflicto, desde un punto de vista microsociológico, atiende a la vida cotidiana en las grandes ciudades. En éstas considera Simmel que la disociación y la vida del individuo en soledad forma parte del proceso de socialización: se forma parte de la sociedad urbana, de la metrópolis, precisamente al individualizarse y apartarse de las comunidades o grupos tradicionales. Pero, además, la vida en la ciudad moderna supondría también toda una red de aversiones y simpatías veladas e inconfesadas hacia vecinos y conocidos, actitudes que conformarían como un bajo continuo, una especie de nexo de unión anónimo que supondría un cierto vínculo de solidaridad en un contexto altamente individualizado. El análisis de la vida cotidiana de Simmel tiene la virtud de apreciar en pequeños gestos y vivencias un hecho sociológico fundamental como el de la creación de un sentimiento de comunidad, aunque sea en fenómenos aparentemente contrarios como el rencor, las rencillas entre vecinos, los saludos formales y las conversaciones vacías. Así, asumiendo el punto de vista de Simmel, la conflictividad generaría un lazo de unión en la vida cotidiana de las grandes urbes.

No obstante, el conflicto y la lucha pueden adoptar formas brutales y menos inocentes. Simmel no es ningún iluso y recoge el caso del exterminio de un pueblo por otro como ejemplo de la unificación más radical que se pueda producir. Pero, más aún, también nos recuerda que “en general, se recibe la impresión de que los hombres no se han amado nunca por motivos tan fútiles como los que les llevan a odiarse” (Simmel, 1977: 279). La predisposición al odio necesita de menos excusas para explotar que su contraria.

Esta reflexión me permite dar un paso más en mi exposición, pues más allá de una teoría de la modernidad (en la que el conflicto se considera una forma de socialización), la obra de Simmel se fundamenta en una antropología filosófica que bebe de la oposición entre pesimismo y optimismo, propia de una filosofía marcada

por la sombra de Schopenhauer.³ Además, la sociología de Simmel no es ajena a la teoría evolutiva de Darwin, y por ello postula un instinto de agresividad en la especie humana, un instinto que se habría objetivado en sentimientos e instituciones sociales y habría evolucionado en diferentes contextos, de manera que Simmel argumenta que la guerra habría sido una forma de relación social primigenia, anterior a las relaciones comerciales entre grupos humanos. Pero sería un grave error atribuir a Simmel una tesis sociobiológica sobre la naturaleza de la guerra, ya que es plenamente consciente de que el instinto no explica la diversidad de formas que adopta el conflicto. En cualquier caso es un factor más que coadyuva al desarrollo de las formas conflictivas de sociabilidad, una especie de catalizador que incentiva el inicio de la lucha. Además del factor instintivo, entre los factores que alimentan la agresividad humana Simmel destaca la impersonalidad, el anonimato, un elemento cada vez más presente en la sociedad moderna en la que la alienación se habría generalizado a diferentes ámbitos sociales a partir de la experiencia del trabajador.

En relación con la temática de la alienación, Simmel entra en diálogo con el materialismo histórico de Marx y su teoría de la lucha de clases. El socialismo científico habría convertido la lucha obrera en una lucha impersonal en la medida en que la situación del trabajador depende de las condiciones objetivas de la producción. De otro modo, Simmel señala uno de los puntos polémicos del marxismo (crítico o científico): si la mejora de la situación depende de factores objetivos determinados por las condiciones de producción, la lucha obrera no tendría el carácter de una lucha personal contra ciertos individuos, sino estructural e impersonal. No obstante, esto no atenuaría la potencia de la lucha obrera.⁴

Más aún, Simmel expone como contrapunto al materialismo histórico su acercamiento al liberalismo político y económico (aunque en su juventud había mostrado simpatía por las ideas socialdemócratas), y presenta una apología de la competencia económica, que valora positivamente como motor interno de la sociedad y lo ve amenazado por el planteamiento marxista. En este sentido, para Simmel, la lucha de clases habría de ser atenuada mediante la competencia interna del comercio y la industria, fenómeno que suavizaría la inestabilidad social. La exclusión de la competencia, el control público del mercado y la industria, supondría la calcificación de la sociedad, especialmente porque conllevaría una merma de la competencia entre individuos y porque la excluiría como una forma de socialización y cohesión.

Ahora bien, el fenómeno del conflicto también es analizado por Simmel en su primera época desde el punto de vista de su final y distingue tres formas de producirse el paso de la guerra a la paz: la victoria de uno y la consiguiente derrota del rival, el pacto estratégico entre las partes y la reconciliación. Precisamente las palabras con las que cierra el capítulo sobre la lucha de su obra sociológica están dedicadas al perdón y a la no reconciliación y demuestran cómo el análisis de Simmel, medurado, objetivo, aséptico, deja traslucir una posición de casi justificación sociológica de la guerra. Si en el texto de 1908, la no reconciliación emerge como una sombra

³ “Zu einer Theorie des Pessimismus” y “Socialismus und Pessimismus” son artículos del joven Simmel publicados por *Die Zeit* en 1900 en los que se desarrolla esta temática.

⁴ “El patrono ya no es, por ser patrono, un vampiro y un egoísta condenable; el obrero ya no actúa siempre movido por una codicia perversa; ambas partes comienzan al menos a no echarse a la cara sus demandas y tácticas como frutos de maldad personal. [...] Pero no por ello ha disminuido la violencia de la lucha; antes, al contrario, se ha hecho más consciente, más concentrada y al propio tiempo más amplia, al adquirir el individuo la conciencia de que luchaba, no sólo para sí, sino para un gran objetivo impersonal.” G. Simmel, “La lucha”, *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, vol. I., Revista de Occidente, Madrid, 1977, pp. 287-288.

amenazante en cualquier intento de finalizar el conflicto, y se percibe la amargura del autor, años después al inicio de la Primera Guerra Mundial, Simmel asumirá una posición mucho más definida y comprometida. El científico social abandonará la lucidez del análisis microsociológico e impresionista de la modernidad para embarcarse en una apología de la guerra como empresa cultural y filosófico-histórica.

La reflexión sobre la Gran Guerra: el periodo de Estrasburgo

Durante su carrera académica en Estrasburgo, Simmel vivió de primera mano el inicio de la Gran Guerra, precisamente en una ciudad disputada por Francia y en ese momento por parte de Alemania (lo fue desde 1871 hasta 1918). No dudó en publicar diferentes artículos sobre el sentido de la guerra, algunos de los cuales se publicaron en 1917, en un libro titulado *La guerra y las decisiones espirituales*. La toma de partido de Simmel le llevó incluso a quejarse a sus colegas norteamericanos, por considerar que en el extranjero se creían las mentiras que la prensa lanzaba sobre Alemania.

La interpretación del fenómeno de la guerra por parte de Simmel en los textos recogidos en *La guerra y las decisiones espirituales* presenta algunas características que quisiera compendiar aquí. En primer lugar, hay que reseñar el tono y el sentido religioso que Simmel le adjudica al espíritu colectivo provocado por la guerra. De hecho, uno de los textos se titula “La transformación interior de Alemania”, una transformación que, como indica Hans Joas, tiene un paralelismo con la efervescencia colectiva de Durkheim (Joas, 2005: 95), y que además abre una nueva concepción de la temporalidad (la idea de un giro histórico) y una nueva dialéctica individuo-nación: en la guerra, se muestra que lo más individual del sujeto está para Simmel atravesado por aquello que comparte con el resto de sus conciudadanos. Así Simmel defiende que en la guerra se recupera un vínculo colectivo primigenio que parecía ahogado por las formas modernas de socialización basadas en relaciones económicas impersonales e institucionalizadas.

En relación con el cambio en la concepción de la temporalidad que he mencionado anteriormente, en los textos sobre la Primera Guerra Mundial Simmel parece desarrollar una filosofía de la historia basada en que el acontecimiento bélico supone un punto cero para la historia de Alemania, un renacer indefinido del que no se podría saber el *qué* al que dará lugar, aunque está claro el *cómo*, el modo en que se está produciendo ese renacimiento o transformación interior alemana.

En este mismo sentido de tratar de diagnosticar el sentido crítico de la guerra, habría al menos tres enemigos interiores engendrados en el seno de la propia Alemania. En primer lugar, el economicismo imperante en la sociedad moderna, el culto al dinero, que Simmel denomina *mammonismo*. El medio por excelencia, el dinero, que permitiría la adquisición de diferentes productos y mercancías habría devenido el objetivo último de la sociedad moderna, un valor último y un fin en sí mismo (*Endwert und Selbstzweck*).

Claramente esta crítica a la monetarización de la sociedad está basada en su crítica de la cultura tal y como la desarrolló en *Filosofía del dinero*, y en cierto modo supone una aplicación de su teoría social a un fenómeno y un contexto determinado, como lo es la Primera Guerra Mundial. El propio Simmel utiliza categorías derivadas de la

metafísica y la filosofía de la religión para hacer una crítica de esta monetarización, de modo que el dinero sería como un “dios” producto de una enajenación de los valores cotidianos y de una condensación simbólica de todo posible éxito social. En su crítica del dinero, Simmel revela las raíces metafísicas de la economía de una manera que recuerda, salvando las distancias, el análisis del fetichismo de la mercancía por parte de Marx. De hecho, el propio Simmel afirma en este contexto que el enemigo a batir es el idealismo que genera esa divinización del dinero, no una perspectiva materialista (socialista), aunque luego habrá que matizar este punto.

En segundo lugar, hasta cierto punto Simmel parece ofrecer una versión ligeramente modificada de la oposición entre cultura (alemana) y civilización (francesa), especialmente en su crítica de la especialización y tecnificación del saber científico, dos fenómenos que denosta amargamente y que atribuye a la civilización francesa y su agotamiento (que extiende al caso de Inglaterra).

No obstante, en tercer lugar, el rival que Simmel considera desde un punto de vista más general es el materialismo francés, el sensualismo tanto en sus versiones filosóficas o científicas como económicas, y defiende que Alemania ha llevado a cabo sus dos guerras contra Francia, tanto en 1870 como en 1914, basándose en una idea. Primero, la idea de la unificación de la propia Alemania, luego, en 1914, como abanderada de una nueva humanidad, idea para cuya definición hace un uso ideológico de Nietzsche. A partir de esta misma reivindicación de Alemania como representante de una idea futura que tiene que realizarse, de una misión histórica, cabe entender que Simmel argumente que la transformación interior de Alemania incluye en sí también una nueva idea de Europa. Como el hijo pródigo que retorna a casa, tras alejarse y romper los lazos familiares, del mismo modo, Alemania volverá al cauce de la convivencia europea, como el hijo primogénito que tiene que independizarse, demostrar su autonomía y enfrentarse a su familia, para luego reconciliarse y darle un nuevo giro a su hogar y a su herencia. Sólo es posible la reconciliación si antes se ha producido la ruptura que indica autonomía y renovación.

Sin embargo, la interpretación de la guerra que proponer Simmel sólo se entiende en su completud teniendo en cuenta su filosofía de la cultura, no sólo sus consideraciones sociológicas o de filosofía de la historia. La modernidad se define para Simmel por el distanciamiento cada vez mayor entre la cultura subjetiva, o de otro modo, la formación, la educación, la plenitud individual, la vida interior, y la cultura objetiva, a saber, el desarrollo material, los productos, las creaciones culturales y materiales en general. Cuanto más y más a fondo se desarrolla la segunda, más impotente se siente el individuo por no poder asumir e interiorizar la cultura objetiva en su propio desarrollo subjetivo. Esta crítica de Simmel a la cultura moderna por su disociación entre lo objetivo y lo subjetivo recurre al concepto de enajenación de Marx y lo extiende más allá del proceso de producción económica: los individuos, en todos los ámbitos de la vida social, generan objetos y productos sociales (desde mercancías hasta instituciones sociales, pasando por obras de arte o contratos entre particulares), y luego este desarrollo cultural objetivo asume una lógica propia que supera al individuo particular, incapaz de extraer y asumir el fenómeno que su propia sociedad ha generado.

En definitiva, este extrañamiento entre cultura subjetiva y objetiva es lo que Simmel denomina la tragedia de la cultura, una tragedia que incide en un problema antes anunciado y que ocupa a Simmel en el período de la Gran Guerra, cuando redacta muchos de sus textos sobre filosofía de la cultura (“La crisis de la cultura”, de 1916, y

“La tragedia de la cultura”, de 1917, incluido este último en *La guerra y las decisiones espirituales*). Esta problemática es la que antes se ha expuesto, a saber, la confusión entre medios y fines, y que se concretaría en esa tripleta de temas: la monetarización, la tecnificación-especialización y el materialismo. Los medios han devenido fines en sí mismos, con lo que la jerarquía valorativa se habría invertido. La guerra sería la oportunidad de llevar a cabo esa nueva “re-inversión de los valores”. De hecho, la figura del soldado cobra una relevancia como tipo antropológico privilegiado, pues vendría a encarnar la reconciliación de la cultura objetiva y la subjetiva, de la colectividad social y del individuo, de la cosa y la persona. Quizá esta descripción del soldado como figura de reconciliación, en la que se proyecta la responsabilidad de suturar la tragedia de la cultura moderna de la que la guerra sería una oportunidad de superación, sea el culmen de la justificación ideológica de Simmel, una ceguera, con toda seguridad inconsciente, que le hizo perder su agudeza micro-sociológica sobre el conflicto y la lucha y embarcarse en una apología de la guerra y de la posición alemana, que fue compartida por muchos de los grandes intelectuales de la época.⁵

No obstante, el entusiasmo teórico de Simmel, su énfasis en un nuevo futuro para Europa, su fe cuasi-religiosa en la regeneración de Alemania y su esperanza en la superación de la tragedia de la cultura moderna fue desinflándose con el curso de la guerra y se limitó a estudiar, no las causas sociológicas de la guerra, sino sus efectos psicológicos y sociales.

Conclusiones

El caso de Simmel constituye un buen ejemplo de ambigüedad intelectual. Por un lado, hace del conflicto y la guerra un objeto de estudio sociológico con una peculiaridad muy concreta; lejos de considerar la guerra como un paréntesis de la sociabilidad, como un estado de excepción, un retorno a la barbarie o una eclosión de la terrible naturaleza humana, hace de ella una forma concreta de socialización y muestra cómo el conflicto está entretejido en la vida normal de la sociedad. Por otro, Simmel, quizá con Marx fundador en cierto modo de una especie de sociología del conflicto, asumió de un modo casi ideológico un discurso a favor de la Gran Guerra de 1914-1918, utilizando argumentos discutibles sobre la misión de Alemania, su historia, la transformación cultural y el diagnóstico de las relaciones con las otras potencias, en especial Francia y Gran Bretaña.

¿Cómo entender esta doble postura? Considero que sólo podemos lograrlo si tenemos en cuenta dos movimientos internos de su pensamiento. En primer lugar, la tendencia presente en el período de la *Sociología* a convertir lo descrito en algo justificado: en modo alguno pretendo acusar a Simmel de belicismo, sino mostrar que su descripción microsociológica de la lucha lleva en su seno la “normalización” social de la guerra y el conflicto a nivel macro, también abordado en *Sociología*.

No obstante, este primer punto no es suficiente para explicar su apología de la Primera Guerra Mundial, y

⁵ Joas muestra cómo esta toma de partido ideológica también se produjo en otros lugares como Francia (Durkheim presenta la política alemana de la época como una traición a la Ilustración) o Estados Unidos (el neohegeliano Royce sería el demonizador de Alemania), aunque con menos virulencia y entusiasmo que en el caso alemán (el propio Durkheim, acusado de filogermánico en Francia por su pacifismo, Dewey y Mead fueron ejemplos de una postura bastante moderada y sosegada respecto al sentido de la guerra).

contiene más potencial interpretativo y teórico que problemas prácticos. El segundo componente, que creo es el decisivo, es el giro desde el análisis micro de su sociología a un discurso sobre filosofía de la historia y filosofía de la cultura, con un sugerente diagnóstico de la modernidad, diagnóstico que ciertamente entronca con sus análisis sociológicos y contiene elementos potentes para una crítica filosófica, pero que comete el exceso de ver en la guerra de 1914-1918 la oportunidad de superar la tragedia de la cultura moderna. Sin embargo, esa guerra, lejos de ser la solución a la tragedia de la cultura, sólo fue el comienzo de una tragedia, y de una barbarie, aún mayor que pusiera en cuestión su concepción de la lucha como forma de socialización.

Bibliografía

- David Frisby, *Fragmentos de la modernidad*. Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin, trad. de Carlos Manzano, Visor, Madrid, 1992.
- , *Georg Simmel*, Routledge, London, 2002.
- Hans Joas, “Ideologías de la guerra. La Primera Guerra Mundial en el espejo de las ciencias sociales contemporáneas”, *Guerra y modernidad. Estudios sobre la historia de la violencia en el siglo XX*, trad. de Bernardo Moreno, Paidós, Barcelona, 2005.
- Adan Kovacsics, *Guerra y lenguaje*, Acontilado, Barcelona, 2007.
- Georg Simmel, *Der Krieg und die geistigen Entscheidungen*. Reden und Aufsätze, Duncker & Humblot, München/Leipzig, 1917.
- , “La lucha”, en *Sociología*. Estudios sobre las formas de socialización, vol. I. 2 vol., Revista de Occidente, Madrid, 1977.
- , *El conflicto*. Sociología del antagonismo, trad. de Javier Eraso Ceballos, Sequitur, Madrid, 2010.
- , *Philosophie de la modernité*, 2 vol., trad. e intro. por Jean-Louis Vieillard-Baron, Payot, París, 1990.
- , “Soziologie der Konkurrenz”, en *Aufsätze und Abhandlungen (1901-1908)*, Suhrkamp, Frankfurt, 1995.
- , “Das Ende des Streits”, en *Aufsätze und Abhandlungen (1901-1908)*, Suhrkamp, Frankfurt, 1995.
- , “De la esencia de la cultura”, en *El individuo y la libertad*. Ensayos de crítica de la cultura, trad. de Salvador Mas, Península, Barcelona, 2001.
- Enzo Traverso, “Entre *Behemoth* y *Leviatán*: pensar la guerra civil europea (1914-1945)”, en Nicolás Sánchez Durá (ed.), *La guerra*, Pre-Textos, Valencia, 2006.

